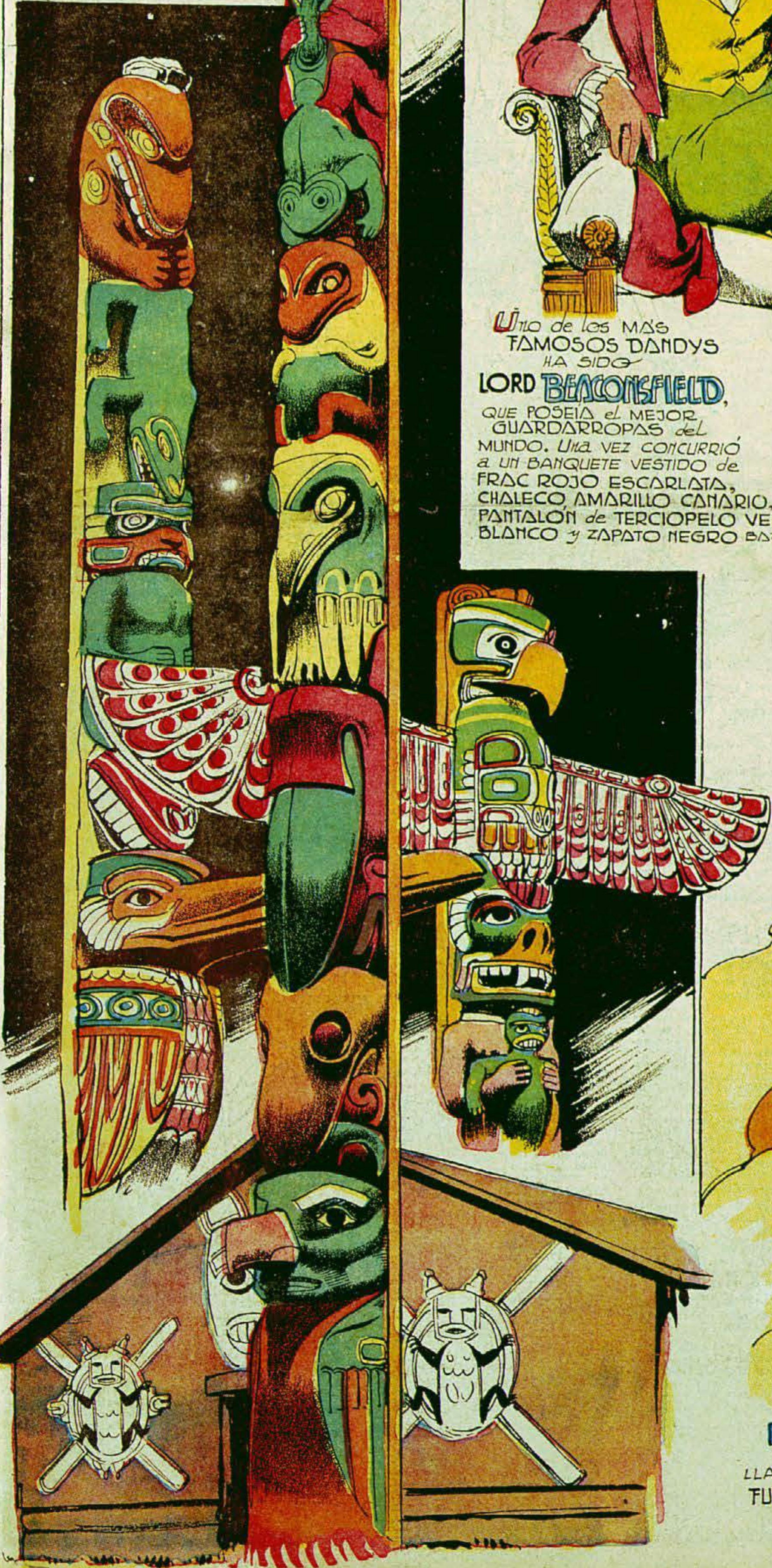


VISTO Y OIDO ★ Si el huracán la ayuda se casa pronto ★ por PREMIA!

La COLUMNA TOTÉMICA

MÁS HERMOSA
de las CONOCIDAS
HA SIDO EXTRAÍDA del
NOROESTE de
AMÉRICA
y CONDUcida a la
PLAZA PIONER
de SEATTLE
(Estados Unidos)
DONDE SE
EXHIBE.



Uno de los MÁS
FAMOSOS DANDYS
HA SIDO

LORD BEACONSFIELD,

QUE POSEIA el MEJOR
GUARDARROPAS del
MUNDO. Una VEZ CONCURRIÓ
a un BANQUETE VESTIDO de
FRAC ROJO ESCARLATA,
CHALECO AMARILLO CANARIO,
PANTALON de TERCIOPELO VERDE, PUÑOS de ENCAJE
BLANCO y ZAPATO NEGRO ENDO con HEBILLAS de SEDA.

CUANDO una MUJER ENVIUDA en
el CONGO, IZA a SU PUERTA
una BANDERA de DIVERSOS
COLORES. MIENTRAS la BANDERA
PERMANECE INTACTA, la VIUDA NO
PUEDE VOLVER a CASARSE. Hay
VECES en QUE el HURACAN la
DESTROZA la MISMA NOCHE
de SU IZAMIENTO, y ENTON-
CES al OTRO DIA YA ME-
RODEAN los NUEVOS
PRETENDIENTES.



Las ÚNICAS REGIONES de la TIERRA DONDE
NO SE HALLAN MARIPOSAS SON
ISLANDIA y las REGIONES ÁRTICAS.



El GENERAL RAMÍREZ,
LLAMADO "LECHUGUINO" por SORMIENTO,
FUNDO la REPÚBLICA de ENTRE RÍOS
y VESTIA SIEMPRE COMO
"GAUCHO ELEGANTE".

EN la puerta de Saint-Cloud, la limousine se detuvo para el control de la nafta. La señora Voghera aprovechó la parada para abrir su estuche de piel rayada y sacar su espejo, su bolsa de polvos y su lápiz de rouge. Y, gesto haciendo, echó a su compañero la ojeada de antemano irónica de las mujeres que esperan tener que soportar la burla masculina. Pero ésta no vino. Donald Stuart, una mano en el apoyo de la portezuela, un puño bajo la barbilla, miraba bonitamente hacia otro lado.

Donald Stuart conducía a Versailles, una bella noche de estío, a la señora Voghera. Ocho días de verano, solos los dos. Se había elegido el Trianon Palace. No eran dos enamorados: dos compañeros de ruta, nada más. Ella, treinta años El cuarenta. Y, de ambas partes, dos existencias a las que no faltó movimiento. Por otra parte los mejores amigos y muy buenas personas. Las mujeres y los hombres cuya mocedad fue desigual conocen a menudo una madurez encantadora, llena de indulgencias y de comprensiones.

Donald Stuart y Paulina Voghera nunca se habían cortejado, y, lejos de reprochárselo, se daban recíprocamente pruebas de la más sincera gratitud.

Los ocho días que pasarían a solas dentro de la conmovedora decoración que creó el más grande de los reyes se parecía tanto al uno como al otro un oasis de fresca amistad en medio de la tierra tórrida de los amores que no ha mucho habían atravesado, que atravesarían aún.

Controlada la nafta, el auto nuevamente en marcha la señora Voghera tomó la mano de Donald Stuart y lo estrechó. El, retuvo entre sus dedos la delicada manita y la llevó a sus labios. Todo sirvió a una intención galante. Concor daban admirablemente.

—¡Qué cosa deliciosa, — murmuró la señora Voghera — es la seguridad! Con frecuencia, los hombres que se dicen amigos nuestros están junto a nosotras como cazadores en acecho y no hacen sino vigilar esperando su hora.

—¡Oh! — dijo Stuart —, no soy un loco de esa especie, y estoy demasiado pendiente de usted. No tema que yo deje la presa-amistad por la sombra-amor.

El auto escalaba la cuesta de Montretout. Se iba rápido. Era antes de la gran guerra y había pocos automóviles en Francia y buenas carreteras.

Ville d'Avray. La campiña. El auto se sumergía en la noche negra. Sus dos faros hendían la oscuridad con doble saeta cegadora. Sucesivamente, montes, arbolados, pequeños valles, ribazos, parecían brotar de la sombra. Y Versailles, allá abajo, se precipitaba al encuentro del coche como una falena hacia la lámpara que la aspira. Diez minutos aún, y se estaría en Versailles...

De improviso, en el recordo de un bosquecillo, una detonación; el coche se detuvo al cabo de una sacudida.

Stuart asomado a la portezuela:

—¡Un neumático?

—Reventado, — confirmó el chauffeur.



—Tiene todo lo necesario? —
—Sí, sí. Voy a cambiar la rueda. Cuestión de cinco minutos.

Stuart se volvió:

—¡Cinco minutos, querida! ¿Quiere bajar?

—Cómo no, — dijo la señora Voghera.

El bosque era un lindo bosque: Encinas, fresnos, hayas, tilos; todos los admirables verdes de esta isla de Francia que es, en verdad, en el centro del país francés, como una isla más francesa que la misma Francia.

Todas las viejas Galias se han unido y concentrado. Es la pesada melancolía del país de Bretaña que se une a la ferviente dulzura vasca y de los Pirineos. Es la gracia determinada de los pinares provenzales, todos azules, y es el misterio de los Vosgos con sus objetos negros y sus brumas grises. Maravillosa liga de los más maravillosos metales.

Donald Stuart y la señora Voghera se habían apeado. De cuclillas en el polvo, uno de sus faros a su lado, el chauffeur daba vueltas a la rueda de su auto. El auto, violentamente iluminado, el hombre negro que se agitaba dentro de esa brutal luz blanca, — el espectáculo no dejaba de ser pintoresco; — y la señora Voghera, del brazo de su caballero, recordó el año de los ciclistas, y el herrero Vulcano. Luego de lo cual quiso ir más lejos, porque los ojos le dolían.

La carretera bajo la luna era ancha y blanca, a derecha e izquierda, los árboles recortaban una sombra oscura, y, a unos cien pasos, sobre la derecha, la aljuela de una rústica vivienda se esfumaba en el flanco de una cuesta. Más abajo, a derecha e izquierda, tres grandes álamos se perdían en las estrellas.

Donald Stuart, como a pesar suyo, se paró en seco:

—¡Oh! — murmuró —, ¡es aquí!

—¡Aquí! — repitió la señora Voghera.

Lo miraba, curiosa, pero no hostil; no eran dos enamorados.

Repitió:

—¡Aquí! ¿Reconoce Ud.?... Respondió él:

—Sí... reconozco el lugar. Esos álamos allí... y la casa...

—¡Y bien!

—Y bien, es aquí donde hace ocho o diez años me detuve de noche, como hoy, iba en auto; el auto, tuvo una panne... como hoy aún...

—¡Simple coincidencia! Además, yo no veo que haya nada como para pasmar a usted!...

—No, sin duda. Pero aguardé Ud. la continuación. Yo no estaba solo en el auto...

—Tenía una amiga con usted?

—No una amiga. Un amigo... un amigo, de quien me oyo Ud. hablar: el conde de Offenbach...

La señora Voghera se interesó de inmediato:

—¿Cómo? ¡El conde Offenbach! ¿Aquel que ha muerto!...

Stuart inclinó la cabeza.

—Aquel que ha muerto, en efecto, como Ud. sabe... como todas las gentes saben... que ha muerto en el auto, a mi lado, sobre la carretera de París a Versailles. Ha muerto el día del que os hablo y precisamente un cuarto de hora después de haberse detenido a aquí, aquí en donde estamos.

—¡En efecto! — dijo ella —, es más extraordinario de lo que puede ver al principio.

Reflexionó:

—Es que... precisamente a propósito de esa muerte del señor de Offenbach, yo se contó algo de un árbol?

—Sí, — dijo Stuart —, se contó un cuento, y es verdadero.

Miró a su alrededor, después, avanzando hacia una gran acacia aislada:

—Salvo error, he aquí el árbol en cuestión.

La señora Voghera acercándose a su vez observó el árbol:

—Recuérdeme usted el cuento.

—Es simple: era una noche tan calma como la de hoy... ¡ni un soplo de aire!... Offenbach y yo nos habíamos apeado, como lo hemos hecho hoy, nosotros dos... y nos paseábamos por la carretera hasta que el chauffeur hubiera reparado su panne. De repente, Offenbach me llamó. Estaba parado delante de este árbol... aquí mismo donde yo estoy... y me mostró el árbol. Le repito que a nuestro alrededor el aire estaba inmóvil, rítorosamente inmóvil. Sin embargo vi, como Offenbach había visto, el árbol, la acacia que ve aquí temblar.

—¿Temblar?

—Temblar muy fuerte. Con tales señales, que extendí la mano para asir una rama y tocar así eso que me parecía ser verdaderamente un prodigio. Toqué el árbol y el

árbol, inmediatamente, cesó de temblar. Offenbach hizo entonces como yo, — extendió el brazo, asíó la rama. De inmediato, el árbol tembló de nuevo y más fuerte que antes.

Habiendo dicho, Donald Stuart calló.

—¿Es todo? — preguntó la señora Voghera.

—Es todo, — dijo Stuart —, un cuarto de hora después, Offenbach estaba muerto.

—¡Es extraño! — dijo la señora Voghera, luego de haber reflexionado.

Vino junto al árbol, tendió la mano con cierta vacilación y tomó entre sus dedos una hoja. El árbol estaba inmóvil y no se movió.

—¡Es de este modo, — preguntó la señora Voghera —, que vuestro amigo tocó la acacia?

Había soltado la hoja.

—Es poco más o menos así, — respondió Stuart —, quizás un poco menos tímidamente. Como esto.

Y, avanzando a su vez, tomó el mismo a manos llenas la rama más baja.

Pero...

Pero al punto la acacia, violentamente, tembló. Y tembló con temblor profundo, con el que todas las hojas y todas las ramas y el tronco mismo parecían agitadas a la vez. Un a tempestad no hubiera podido sacudirlo de esa manera.

Atemorizada, la señora Voghera había dado un salto hacia atrás.

—¡Y bien!

Muy pálido el mismo, Donald Stuart también había soltado la rama, pero el árbol conti-

nuaba temblando.

—¡Y bien! — dijo después de un momento y esforzándose por hablar con voz tranquila — era un hombre muy valiente este Donald Stuart —, y bien, si la acacia de que os hablo, tembló como tiembla en este momento.

Sus cejas contraídas, observaba fijamente el ramaje que tiraba.

Luego de un minuto, prosiguió, esta vez con firmeza:

—Señora, ¡un favor! Toque el árbol todavía!

—No me atrevo, — dijo ella.

El insistió:

—¡Se lo ruego!

Obedeció ella, y el árbol, instantáneamente, no tembló más.

Entonces, desde lejos, la voz del chauffeur los llamó:

—Señor y señora, he colocado la rueda.

Había puesto la rueda y el faro también. Arrancó. Y el auto, suavemente, vino a ofrecer su estribo a la pareja inmóvil. Stuart, de nuevo muy tranquilo, ofreció la mano a la señora Voghera y la obligó a subir otra vez al coche:

—¡No es un motivo! Suceda lo que tenga que suceder, ¡no es mejor que lleguemos a Versailles!...

Fueron sin otro incidente. Más, cuando, llegados a la puerta del hotel, Donald Stuart bajaba el primero para ofrecer su mano a su compañera, erró el pie, cayó, su cabeza dio contra el cordón de la vereda y lo levantaron muerto.

CLAUDE FARRERE, el célebre autor francés de "Humo de Opio", "El Hombre que asesinó", "La Señorita Dax", "La casa de los Hombres Videntes" y otras obras de fuerte originalidad, refiere aquí el extraño caso de un árbol cuyo temblor podía resultar profético.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks

¡OH! ESTA PARECE UNA ESCENA DE BAMBALINAS.

BAJAD, AMABLES CABALLEROS, QUE OS LEERÉ UNA ODA SÁFICA.

JAMÁS CREÍ QUE IBAN A ATENTAR CONTRA MIS CARTILAGOS NASALES.

¡OH!

¿ACASO LOS RUISEÑOS SABEN CUANDO LA NOCHE ABRE SUS PÁRPADOS?

Y ACASO LAS ESTALACTITAS SUEÑAN EN VOZ ALTA?

¡OH! LOS TIEMPOS EN QUE LA CICUTA SERVÍA PARA MATAR SOCRADES.

NO LLOREIS, NISPEROS TIERNOS!

DICEN QUE HASTA DENTRO DE UNA SEMANA NADIE PODRÁ DESTORNARME.

ESO ES VIVIR FELIZ.

REY DE REYES.

HAY QUE ADULARLO.

¿ME NOMBRARÁ CHAMBERLAN?

AQUÍ TRAIGO A ESTOS DOS LEONCITOS DOMESTICADOS.

DEJADLOS QUE VENGAN A MI.

¿PARA ESO SE LES LLAMA CEBOLLITAS ENCANTADORES?

LES HA DADO UN ATAQUE DE LOCURA METALÚRGICA.

ME QUIERON ARANAR LOS LAGRIMALES.

¡HUM!

YO CREO QUE TIENEN MARASMO CATALEPTICO.

¿NO HABRÁN COMIDO HORMIGAS FRITAS?

¡EER! ¡EER!

ES DIGNO EN VERVAD DE ENCONTRAR ESTE LINDO NOSOCOMIO.

por CLAUDE FARRERE

Llorando Bajo la Lluvia

por Lucio Miranda



E S inútil, meditaba el niño — me salvarán a tiempo, no podré morir. Tenía apenas trece años, secos, desposeídos de toda ternura. Alto, de cara pálida, con una frente triste, de venas a flor de piel y de surcos. Caminaba a lo largo de la calle que daba sobre el río, recorriendo invariablemente la misma distancia: apenas seis o siete metros. Sentía un peso muerto, un puño caído en la garganta y ese puño parecía haber golpeado con desesperada vehemencia, pocos momentos antes. — Es inútil... sin embargo, yo necesito morir. No, no podría ver de nuevo a mi madre. — Oír esos gritos que me cruzan, que me perforan las sienes... no, no. — Y el niño alzaba la cara, abriendo la boca, en una necesidad de respirar hondo, de libertarse de esa angustia de plomo. Llovía finamente en la tarde. Pero él se sentía mejor, distinto, casi feliz, caminando bajo esa lluvia tenaz. Y con desafiante seguridad pisaba las baldosas desiguales, rotas, sucias. — ¡Casi feliz! lejos de la miseria vergonzosa de su casa. ¡Ah! qué horrible cosa es la miseria. Qué repugnante había vuelto el rostro de su madre! ¡Repugnante! Se asombró un poco de su vocablo, casi insultante; pero esa cara magra, de ojos opacos, esos cabellos sin vida, con tantas canas amarillentas, siempre sin alicor... Sí — rechazaba su incipiente emoción — no podría acercarse nunca a un rostro con pena. Rehula, por una necesidad casi física toda tristesa chata, sin rebeldías.

Y su madre revolvió una atmósfera quejosa, maldecía sus mismas lágrimas... Gruñona siempre... — ¡Acaso — se apiadó — tanto inútil esfuerzo en limpiar la sucia miseria maltratada así sus nervios, los agotaría en ese cansancio andado que sólo recriminaba, acusaba injusta, obcecadamente... — Y pensar... — rió con amargura, escéptico, dudando que pudiera haber necesitado nunca ese regazo para apoyar su sueño... — ¡Ah! si pudiera ser aún, acaso tendría color de novedad... — y por un momento inclinó la cabeza sobre el hombro en un blando gesto de dulzura. Y en seguida... Pero si hubiera mantel en la mesa y recuerdos que no dolieran aquí — y se golpeaba el pecho hundiéndose con rabia dolorosa... Ni tampoco aquí — y esta vez echaba hacia atrás la testa pálida y dejaba caer los párpados cargados de imposibles. — ¡Peza la vida!... si al menos hallara un rincón para sus sueños... Pero qué. ¡Nada! Ni

Ilustración de PASCUAL GUIDA

un resquicio salvaba el halo de la dulce imagen que afinaron perfecta tantas tristes vigilias: la de un único día de felicidad conciente, madura, saboreada, total... Luego la tortura de hablar... Ese absurdo decir toda cosa... ¡Decir qué?... ¡Explicar qué?... ¡Quién orillaría su ansia?... ¡Qué sueño podría nunca traducirse! Entonces, qué importaba a nadie que él pudiera demorarse, en el silencio, si era tan suave su apoyo, tan mullida su pausa... Pero ahora también ese silencio le negaba su báculo, lo precipitaba en un pozo de angustias, sofocándolo... ¡Ah! ¡si pudiera morir al fin! ¡Y cayó su mirada infinitamente desesperanzada sobre sus zapatos, rotos. ¡Por qué sería siempre inaccesible el obtener un lindo par de zapatos, nuevos, relucientes!... Dió un puntapié sobre el piso y una de las baldosas quebradas le salpicó un barro acuoso. — ¡Caramba, — recobró la diluida sensación del tiempo — deben ser ya las seis y media o siete de la tarde... Y su remedio ¿a qué horas lo tomaría?... El remedio... ¡Puh! — su lengua paladeó ese gusto acre, ese resbalaz gelatinoso de la bebida... — El médico del dispensario dice que estoy tuberculoso o algo parecido y que tengo exceso de sensibilidad... Tanto mejor... Así acabará con todo, me acabará todo... Exceso... ¡qué lindas frases disculpan al destino que se ahinca en ciertas vidas, despiadado... Exceso... y su propósito era... Abrió los brazos, largos, flacos, como si quisiera aferrarse a un ansia de vida distinta, con aire, con ternura, sin penas mal-

dicientes... un ansia que nunca antes había sentido, feliz, arrolladora, potente... De pronto comenzó una marcha, no ya lenta, vaga, sino precisa, segura... una, dos, tres baldosas... cuatro... veinte... — ¡Hola... ya es de noche y esta lluvia comienza a molestarte... Levantó la solapa de su saco raído y en seguida, mirando a una baldosa que saltó en trizas al choque de su pisada, sintió envolverse la oleada densa de su antiguo "ritornello". ¡Morir!... Su boca sufrió un sabor parecido al que deja la almendra y notó que el mismo se deshacía en un sollozo roto, desentonado, infeliz y desesperanzado de toda cosa... — Mamá... escúchame, Mamá... es necesario que yo muera en seguida... No debes tratar de salvarme... si supieras cómo me duele la vida... será el momento tan aguardado de mi silencio... ya no cabe la angustia en mi corazón... se me ha hecho merquino, crispado como este puño... El golpe ardid de su sangre lo volverá cáscara endeble, y se quebrará con el primer sollozo... — Calló su grave monólogo. Sintió un cansancio que le pareció de siempre, en las espaldas, en la frente. Un cansancio que descubría de pronto en todo su cuerpo y que — estaba seguro — le había acompañado siempre como un estigma o una estrella... Una estrella... Su marcha era ahora menos decidida, se dejaba ir, como deslizando. Sintió en una nebulosa subconciencia, sus pies humedecidos y ligera la cabeza, ligera como si ya flotara destroncada en el río próximo. Las sombras de la noche recién llegadas daban a sus ojos una ceguera agradable, dulce en la marcha... Le parecía, además, que ya no oía nada... y se asombró un poco del latido aun persistente de sus sienes... ¡Iba... ¡dónde! Casi sin percibirse, poco a poco, notó una brillantez plateada, húmeda, hiriendo su mirada, descansada en la sombra... Y se encontró de frente al río negro y grávido de muerte... Sus dedos arañaban, desde largo rato, el filo mellado de su cortaplumas...

Museo de la Confusión

POR Anímula Váguila

El horse Julián de Amenábar ya nos ha dado su segundo dandy con fecha 9 de febrero en una hogareña publicación. El pipe de turno es el afrancesado conde Robert de Montesquiou. Dice el ameno elucubrante, refiriéndose al perjudicado: Alto, moldeado en cada miembro y en cada músculo por su completo gris perla ajustado al tallo como un guante; ceñido y torturado el pie por el botín charolado, poco ancho y menos largo que el estuche de una espada... Ignoro si el hogareño desdoblador es un dandy o un lindo Julián, pero dudo en cualquier caso que pueda encontrar distinguida la aglomeración de guantes en el tallo, ya sean de goma, de gamuza, de box o de auto. Sobre la elegancia de utilizar botines poco más anchos y menos largos que el estuche de una espada, la considero superior a la observada en algunos cursilongos que se dedican a ostentar zapatillas menos anchas, aunque de mayor longitud que un bastón estoque o una escopeta de dos caños. El distinguido detallista continúa la descripción del high-life parisino: ... la mano alba y huesuda, el pie amplio, la voz tonante, el conde Robert de Montesquiou presidía en aquel tiempo (a fines del siglo) sus famosas reuniones literarias del "Pavillon de las Musas" — como él mismo había bautizado su residencia de Neuilly — con gracia imponderable. Con una gracia parecida a la del conde y su pavillon expresa más tarde al ignorado dramaturgo: En medio de aquel esplendor, el conde, con su cintura de avispa (inmortalizada por Whisler), llevaba el compás de la conversación valiéndose de los inesperados atractivos de su voz aguda, trabajada como la de un cantante, y que variaba en silbantes para quebrarse a voluntad, en sollozos y suspiros. Estos atractivos de la voz aguda que se quebra en sollozos y suspiros resaltan de lo más inesperados, sobre todo teniendo en cuenta — según declaración del historiador en las anteriores líneas — que el conde poseía un ademán amplio y una voz tonante. Tal vez se trate solamente de un pequeño error de imprenta y la voz del conde, en lugar de ser tonante, haya sido, en realidad, tunante. Otra explicación: que el comediógrafo, al efectuar la biografía de Montesquiou, se haya inmortalizado por Whisler y conseguido una elegante cintura de avispa. El fuerte polemista nos da a conocer otras ignoradas cualidades de ese gran papuanastéico conde de Montesquiou: Si su fama de amueblador fué grande y gloriosa, sus condiciones de "deménegeur" no le iban en zaga. "Todo consiste — dice en "Les Pas Effacés" — en colocar los muebles, mentalmente, en el lugar correspondiente. Es indudable que de haber sobrevivido este changador mental a todas sus panoplias llenas de botines, a su cintura de avispa y al Pavillon de las Musas ya lo tendríamos amueblando piscinas, llenando de canapés los



VIÑOLEANAS

En un gráfico noticioso correspondiente al 8 de febrero, comentando los sucesos ocurridos en París últimamente, se expresaba: Los obreros de la limpieza aparecen silenciosamente. Ordenan los restos de la batalla. Limpian los trastos del boulevard. Lavan las manchas de sangre. Colocan nuevos cristales. Tapan los agujeros de las baldas. Hermosean la cara de las calles de París, que perdieron su rouge y su aceite bajo los pies de la multitud enfurecida. Estos obreros son descontentos. Se dedican a lavar cuidadosamente las manchas de sangre, recoger las astillas, suprimir los estandartes socialistas, arriar las banderas de ramate y evitar todo rubor. ¡Con qué objeto? Para que París recobre su rouge y su aceite. En el mismo noticioso, con fecha 13 de febrero, encontré lo que sigue: HOLLYWOOD, 13. — Virginia Bruce anunció que se divorciaba con el actor cinematográfico John Gilbert por ser la "única solución de las divergencias". Da la casualidad que esta Virginia que se divorcia con el actor Gilbert es la misma que se casó del nombrado actor. Creo que las divergencias existentes no se remediarán ni con la medida adoptada por la actriz. En un mitogenado de la capital, con fecha 12 de febrero, comentando un partido de fútbol efectuado entre los equipos de Racing y Central Córdoba, se expresaba: Se aplaudieron, es cierto, tantos de buena factura: los dos de Central Córdoba y el segundo de Racing. Pero el complejo armónico de pasos que se resuelve en un goal bonito, era lo menos que cabía exigir de los apellidos que intervinieron en el match. Por suerte no he sido espectador de este match, jugado exclusivamente por apellidos y en donde los mirones habrán hecho esfuerzos inauditos para determinar qué apodo cabeceaba la pelota, qué árbol genealógico pateaba el penal, qué tocayo se hallaba off-side o qué diminutivo cariñoso empataba las posiciones. Entre los apellidos más conocidos que intervinieron merecen citarse los siguientes: Central Córdoba: E. Funes, A. Garramendy, J. Busiano, L. D'Uva, G. Gaitán, E. Solero, T. Collins y T. Bottaso, A. Scarcella, P. Pompey, A. Serramía, A. Demarc, D. Conidares, V. Zúto, A. Fassora, E. Leoncio y R. Bugucyro. Un consejo del señor Ford: A ningún hombre debe obligarse a hacer el trabajo que puede hacer una máquina. Sobre todo si la máquina es una moderna incubadora, un reloj pulsera, un encendedor automático o un termómetro. Me parece inconveniente que se trate de sobrecargar el trabajo del proletariado y los jornaleros obligándolos a perder el tiempo empollando media docena de huevos Orpington, dando la hora oficial cada cinco o seis minutos, incendiando el Reichstag intermitentemente o marcando la temperatura en descenso en todo el territorio de la República Argentina.

La diferencia que hay en los semblantes de los peatones, yo la dividí en dos categorías: Caras que van a jugar al football, y caras que vienen de jugar al football.

Almacenar mucha cultura tiene el mismo inconveniente de las hormigas glotonas, que no pueden entrar a sus hormigueros, porque acarrear una hoja demasiado grande.

Yo conocí un amigo que fue a la guerra y vino con una pierna menos, un brazo menos y un ojo menos. Tengo la sospecha que no era negocio!

La motocicleta es la matraca a nafta, que se burla de nuestro destruido sistema nervioso.

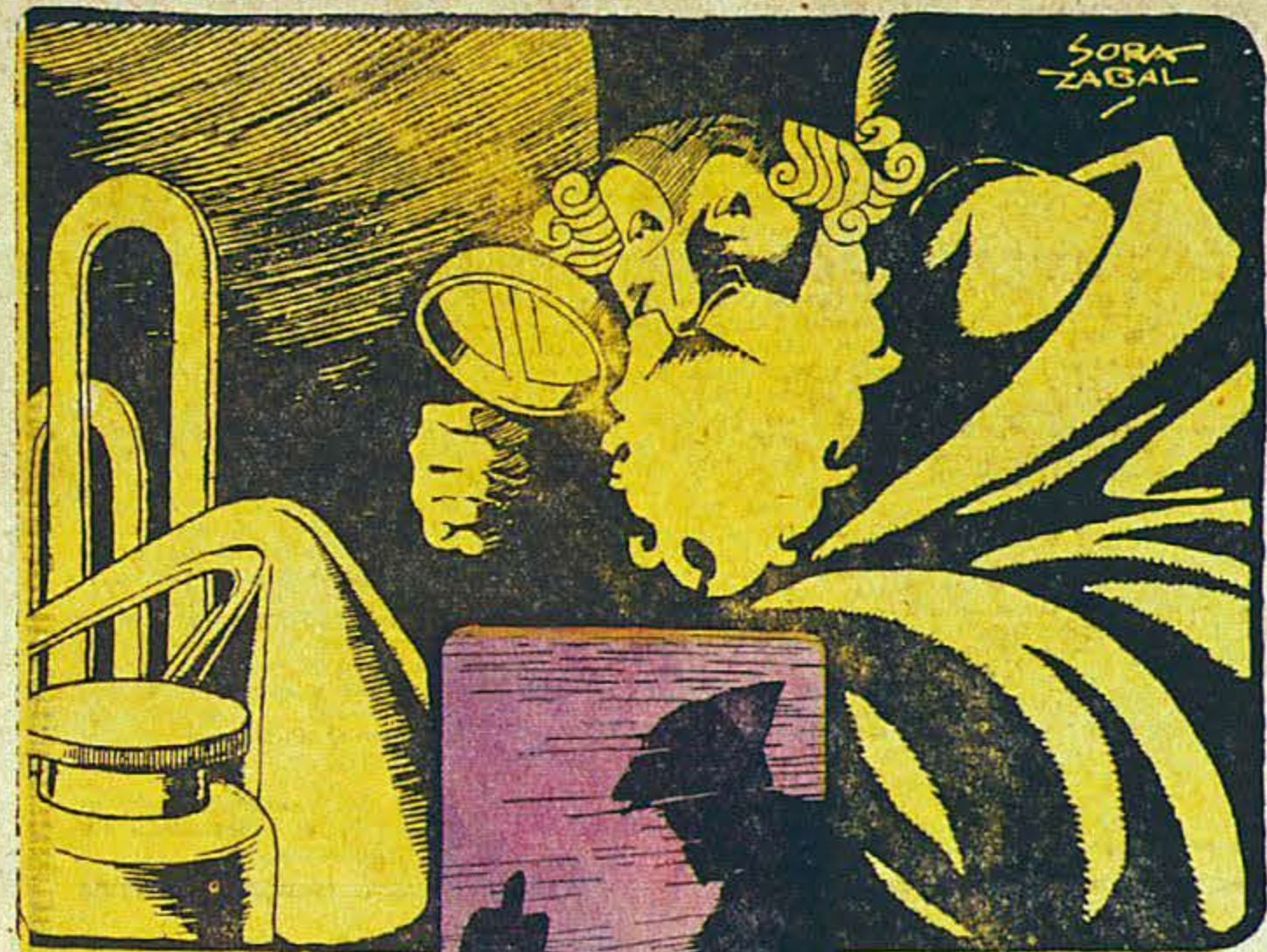
La gran mayoría de los departamentos en las ciudades, son nichos donde entramos con los botines puestos, para irnos acostumbrando a los otros...

El espejo nos presenta ese otro hermano siamés que está enterado de todas nuestras intimas tragedias.

Cuando un ciudadano dice: "yo soy un caballero", es porque hay un sinvergüenza en puerta.



Por Omar Viñole



En la lucha contra el crimen, la ciencia ha llegado a ser hoy en día un auxiliar de una incomparable potencia. Se trata de una identificación de malhechores por medio de sus impresiones digitales o del examen de una mancha de sangre sospechosa, existen métodos minuciosos, aparatos infinitamente delicados, dotados de los últimos progresos de la técnica, que permiten resolver el problema con un rigor absoluto.

Es así que el sabio, en la época contemporánea, no permanece encerrado necesariamente en simples especulaciones teóricas; sabe también participar en la actividad más dramática, para la defensa de la sociedad.

Automovilista asesino

A veces es suficiente muy poca cosa para hacer arrestar a un culpable.

Hace algunos años, un cadáver de mujer fue encontrado no lejos de París, sobre un lado del camino; la naturaleza de las heridas mostraba que la víctima había sido atropellada por un auto, cuyo conductor, en ausencia de todo testigo, se había apresurado a huir. La gendarmería consiguió, no obstante, encontrar al presunto autor del accidente, pero las pruebas materiales faltaban y el hombre se defendía muy bien.

Examinando el vehículo, que había sido depositado bajo sellos, los especialistas del laboratorio de identidad judicial encontraron sobre la carrocería una gran mancha de sangre, donde se adherían aún restos de tejido e hilachas de lana verde. Ahora bien: la víctima llevaba precisamente, el día del accidente, una tricota de lana verde. Argumento turbador, por cierto, bien que insuficiente por sí solo para arrastrar a un reo a la condena.

Pero he aquí que las cosas cambian. Cuidadosamente, con el barniz que la soportaba, la mancha es llevada a París, al laboratorio. Primer análisis: la sangre es sangre humana y sangre "en masa", proveniente de una terrible herida.

Quedaban por identificar los restos de lana. Con ese objeto interviene un maravilloso aparato, el "espectrofotómetro", o comparador de los colores. Se sabe cuán difícil es comparar los matices de dos objetos, de dos tejidos; por ejemplo, dos colores que parecen suficientemente distintos a la luz artificial, variarán terriblemente, por el contrario, a luz del día. Ahora bien: el "espectrofotómetro" permite efectuar la comprobación, sucesivamente, bajo toda suerte de iluminaciones coloreadas, suministradas por un pequeño prisma. Cuando las dos tintas se muestran constantemente iguales, se puede afirmar que son de naturaleza rigurosamente igual.

Los restos de lana ensangrentada se revelaron, en este aparato, absolutamente parecidos a los restos que se podían extraer de la tricota de la víctima. Esta minúscula pieza de convicción, junto con la mancha de sangre humana, bastó para determinar el arresto del matador involuntario, que fue severamente condenado.

La muerte del danzarín mundano

Ahora nos referiremos a un asunto criminal muy misterioso y que hizo bastante ruido en su época. Lo examinaremos del punto de vista apasionante del laboratorio.

En una habitación amueblada de Montmartre, se descubrió un cadáver semiputrefacto, de un hombre joven, totalmente desnudo bajo un pijama. Había sangre en el suelo. Tenía tres balas en el pecho. El cuerpo es identificado de inmediato. Pertenece a un dan-



zarín mundano, bien conocido en ciertos ambientes.

Primera hipótesis: el suicidio. La víctima estaba al borde de la miseria, gravemente enferma...

Esta suposición, sin embargo, no resiste el examen minucioso de los hechos. No hay, por lo pronto, ningún arma cerca del cadáver; además, es bien difícil llegar a creer que un suicida pueda alojarse tres disparos en el pecho, dos de ellos mortales.

Debe tratarse, pues, de un asesinato. Precisamente la policía acaba de arrestar un rival, un individuo del mismo medio, al que la víctima, según parece, le habría birlado la querida. El hombre ha huido precipitadamente a Bélgica, pero su hospedador, para resarcirse de alquileres en retardo, se ha apoderado de sus bagajes: en una valija los detectives descubren un perram "trinchera" manchado de sangre.

¿Bien sospechoso, el perram en cuestión! Además, la mancha de sangre — que se descubre es de sangre humana — tiene, en la parte que cubre el bolsillo derecho, un gran agujero producido por quemaduras de pólvora.

Como el asesino ha podido dejar subsistir una pieza de coartación tan terriblemente comprometedoras?

He aquí la explicación: El tejido del "trinchera" tiene tres paños superpuestos, destinados a garantizar una impermeabilidad perfecta. El paño exterior, tan solo, fue cortado, torpemente, con tijeras. Pero el criminal olvidó el paño interior y la costura, igualmente quemada y manchada, aunque en un grado difícilmente comprobable, a personas que no dispongan de un laboratorio.

La ayuda de la "alta frecuencia"

Ahora el prevenido está bajo cerrojo y los expertos trabajan.

Un detalle había llamado la atención de los pesquisantes: las balas que habían producido la muerte de la víctima eran de plomo, provenientes sin duda de algún antiguo trabuco, pues las armas modernas tiran balas provistas de un revestimiento de metal.

El problema, planteado por el juez de instrucción, era, en consecuencia, el siguiente:

—[Hay rastros de plomo so-

bre los restos esparcidos del "trinchera"? Si los hay, se puede pensar que el inculcado ha disparado a través de su bolsillo contra la víctima.

Veamos ahora cómo se llevó a cabo este análisis infinitamente delicado. Se sacaron algunos milímetros cuadrados de género, que fueron quemados en una marmita de platino. Las cenizas fueron disueltas en seguida en tres o cuatro gotas de una solución ácida. En esta solución minúscula se hizo pasar una corriente eléctrica mediante un hilo de cobre; el plomo disuelto vino entonces a depositarse, en el estado de rastros invisibles, sobre la extremidad del hilo. Con la ayuda de un aparato especial, se hizo llegar a este punto una cálida chispa eléctrica de "alta frecuencia", que fue fotografiada con un "espectrofotógrafo". Este instrumento suministra una fotografía del espectro de la fuente luminosa, con las rayas características de los metales introducidos en la chispa.

Los astrónomos, gracias a este método prodigiosamente sensible de la espectroquímica, han podido analizar la composición del sol y de las más lejanas estrellas. En el caso que nos ocupa, ella reveló la presencia indubitable del plomo dejado por las balas al atravesar el paño.

En la audiencia pública por la vista de la causa, el inculcado no pudo oponer a las conclusiones de este peritaje más que negativas inconsistentes.

Fue condenado a veinte años de prisión.

La sangre humana

La cuestión de la sangre humana es una de aquellas que son planteadas con más frecuencia a los expertos.

En cuanto un criminal se encuentra frente a manchas de sangre, en efecto, trata de proclamar su inocencia afirmando que se trata de sangre de animales. Los hombres de ciencia tienen la misión de abochornarlos.

Mucha gente se figura que la sangre es identificada con ayuda del microscopio. Esto constituye un completo error. La sangre fresca presenta, es verdad, un aspecto microscópico particular, debido a sus innumerables glóbulos, cuya forma es variable y característica, según las especies.

Pero los glóbulos se han destruido hace ya mucho tiempo en las manchas secas, que por lo general los investigadores llevan al laboratorio.

El procedimiento usado, que en la actualidad se ha vuelto clásico, de los "serums-anti", permite identificar rastros infinitos. Se procede de la siguiente manera: Se comienza por preparar un conejo, inyectándole dosis crecientes de sangre humana. Entonces se produce, en el organismo del animal, una reacción de defensa, que se traduce por la propiedad, para su sangre, de formar un precipitado con la sangre humana, a semejanza del agua en la que se arroja una gota de leche.

Se utiliza un fragmento de la mancha o rastro sospechosos, que se hace macerar en una y media gota o dos gotas de agua salada, a razón de nueve gramos por litro. La operación se efectúa en un tubo de vidrio minúsculo y nuevo, esterilizado hasta por su misma fabricación, realizada a alta temperatura. Con la ayuda de una pipeta especial, extremadamente fina, se agrega en seguida suero obtenido por la filtración de la sangre del conejo. Una magnífica aureola blancuzca se forma alrededor del tubo, si la sangre estudiada es sangre humana.

Este procedimiento ha llegado hoy en día a una tal precisión que permite disolver una gota de sangre humana en un litro de agua.

